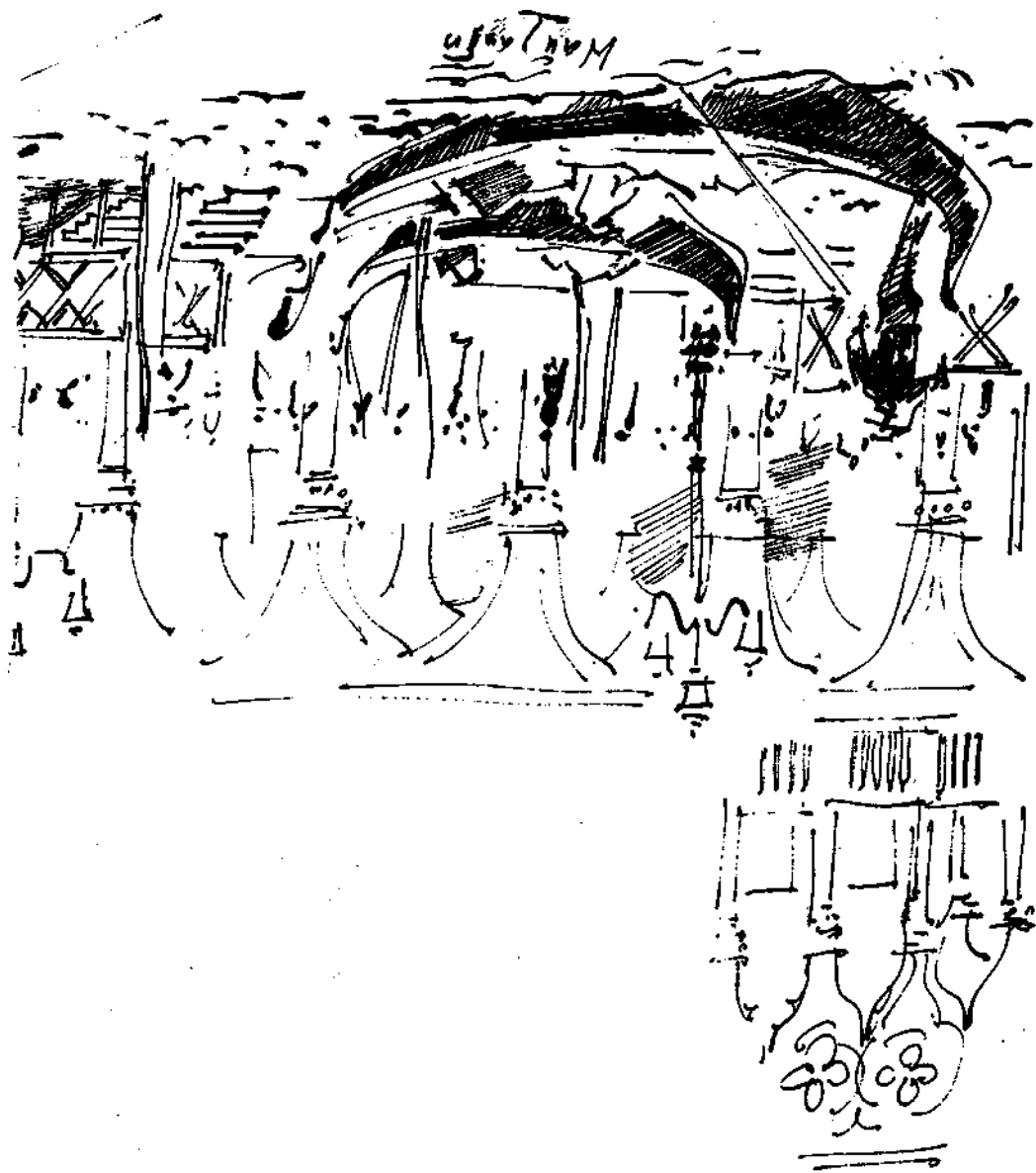




Cultura, civilización y mecánica

**LUIS
RACIONERO**

Dicen los economistas que la ciudad es el corolario espacial de la especialización funcional; existen unas economías externas o reducciones en los costes y aumentos de eficiencia debido a efectos de proximidad, aglomeración y posibilidad de compartir servicios terciarios especializados. Por eso las ciudades han crecido velozmente en las décadas del desarrollo y por eso aquellos economistas que sólo se fundan en el criterio de eficacia consideran beneficioso que las grandes ciudades sigan creciendo.

La ciudad, que nació como efecto del desarrollo económico desencadenado por la revolución agrícola -los excedentes de producción conseguidos en las llanuras irrigadas de Mesopotamia permitieron subsistir y especializarse a una clase de artesanos, escribas y comerciantes-, se convirtió en el siglo XIX en motor de la revolución industrial. De modo que la ciudad, como un dios Jano de acero y cemento, tiene dos caras, es a la vez efecto y causa del desarrollo económico. Por el momento su papel en la dinámica productiva de la tercera revolución -la etapa cibernética en que la información es el recurso clave, como lo fueron antes la agricultura y la industria- parece imprescindible como marco idóneo donde el sector servicios y las actividades informáticas y electrónicas punta funcionan y se desarrollan con mayor eficacia.

Hasta aquí el argumento económico, irrefutable, indiscutible desde un criterio de eficacia productiva. Pero hay otro punto de vista, el cultural. Resulta que la ciudad, además de su aportación al producto nacional bruto, ha generado un beneficio espiritual difícilmente cuantificable, pero no por ello menos real: la civilización. Civilización viene de *civitas*, ciudad, y es el talante pacífico, abierto, tolerante e innovador creado por el contacto diario en agora y mercado, paseo, tertulia y vecindario. La ciudad ha matizado

la intransigencia con el diálogo, refinado las emociones con el drama, la música y las artes, fomentado la creatividad innovadora en su abigarrada diversidad de actividades y comportamientos.

Pero todo lo físico es una cuestión de medida; así como lo mental no tiene límites, lo material no soporta bien el exceso. Lo mastodóntico se abotarga, anquilosa y muere porque es demasiado pesado e inerte para adaptarse a los rápidos movimientos de un cambio imprevisto en el ambiente. Así sucedió con los grandes mamíferos y es lo que está pasando con las grandes ciudades. Sobrepasando un umbral de medida, las ventajas se tornan inconvenientes por más que quienes la habitan quieran convencerse a sí mismos de que lo agradable es el asfalto; el ruido, estimulante; el aire puro, una nostalgia romántica, y los rascacielos, el pináculo del arte. La prodigiosa civilidad clásica del siglo de Pericles surgió cuando Atenas contaba 50.000 habitantes, el esplendoroso individualismo creativo del Renacimiento italiano floreció en una Florencia de 60.000 ciudadanos. Para crear una civilización no son pues necesarias ciudades más grandes; es más, todo

«El Renacimiento era como una inmensa tertulia en que Leonardo se encontraba a Miguel Ángel por la calle, discutían de Dante... Ahora la gente se encuentra sólo bajo cita, y si lo hacen por la calle, no pueden hablar porque tienen el coche mal anarcado»

parece indicar que el crecimiento excesivo la imposibilita; el Renacimiento era como una inmensa tertulia en que Leonardo se encontraba a Miguel Ángel por la calle, discutían de Dante, visitaban el taller de Verrochio para un detalle de fundición o el estudio de Ficino para una traducción de Platón. Todo esto podían hacerlo a pie, dialogando tranquilamente y en poco tiempo. Parándose incluso a disfrutar los encuentros no programados que su camino les deparara.

Ahora la gente se encuentra sólo bajo cita, y si acaso lo hacen por la calle no pueden hablar porque tienen el coche mal aparcado. Por cita o en simposio programado se suele intercambiar información, pero no se genera creatividad. El mismo exceso de información, estímulo, posibilidades, genera un ruido -en el concepto informático del término- que impide que la información cale hondo y estimule; la receptividad se satura y la creatividad se ahoga. La urbanidad o civismo es el estilo de vida generado por la ciudad. En ella se aprende -como quería Sófocles- a domar

el salvajismo del hombre y a hacer gentil la vida en el mundo. El efecto mejor de la ciudad es civilizar a los bárbaros.

Paralelamente a la distinción entre civilizados y bárbaros conviene establecer la diferencia entre cultura y civilización, términos que corresponden a dos fases evolutivas de la historia humana; cultura viene de cultivo y nace con la agricultura; civilización viene de ciudad y nace con la urbanidad. Los bárbaros tienen cultura pero no civilización. Para algunos antropólogos, todos los grupos humanos tienen cultura, pues extienden este concepto a los artefactos y forma de vida de los cazadores nómadas, recolectores, tribus salvajes, sociedades pastoriles. Si adoptamos el sentido restringido de sociedades que han pasado el umbral de la revolución agrícola, hay tres etapas que dividen claramente la historia de la humanidad: cultura, civilización y mecanización correspondientes a la revolución agrícola de 8000 a. de C., revolución urbana de 4000 a. de C. y revolución industrial de 2000 d. de C. Estos tres cambios en el tiempo no se corresponden a cambios

similares en el espacio; ciertas áreas lo alcanzan antes que otras, y este desfase espacio-temporal provoca los grandes enfrentamientos, fertilizaciones, intercambios y roturas de la historia mundial: la civilización urbana incidiendo sobre la cultura agrícola crea el problema de los imperios o centralización; la mecanización industrial cayendo sobre la cultura rural crea el problema del Tercer Mundo o subdesarrollo; la mecanización ensartada sobre la civilización urbana crea el problema de calidad de vida o ecología.

La cultura es el estilo de vida generado por las formas de hacer de los campesinos, sus relaciones de producción y superestructuras; la civilización es el estilo de vida generado por las formas de hacer de los ciudadanos, y la mecanización es el estilo de vida generado por las formas de hacer de la industria. Son tres estilos de vida distintos, aparecidos paulatinamente, que no progresivamente, porque la palabra progreso indicaría un juicio de valor que estamos lejos de aventurar. Estos tres modos de vida no se han establecido en el mundo de modo total, sino difundiendo desde ciertos puntos de origen, afectando a unas áreas antes que a otras y creando con ello disparidades y enfrentamientos, invasiones y guerras.

Conviene explicar en este punto los juicios de valor que se ha aducido tradicionalmente en favor de la civilización, puesto que cabe preguntarse por qué una cultura nómada o bárbara no puede pasar a la mecanización y ser éste un estadio más favorable y avanzado que la civilización. Los optimistas tecnológicos del siglo XIX así lo creyeron; los utilitaristas ingleses del capitalismo industrial, los liberales pragmáticos, se creían portadores de una época nueva en que la mecanización ocuparía la civilización. Hoy existen indicios de que se equivocaron al menos en cuanto a la mecanización tal como ellos la entienden.

El jeroglífico egipcio de ciudad es el signo ® que representa la encrucijada dentro de la muralla; ciudad significa punto de encuentro e intercambio dentro de un recinto seguro que, como recipiente, permite almacenar, conservar y acumular. Las reservas y el intercambio posibilitan la especialización de funciones: artesanos, tejedores, alfareros, carpinteros, herreros, escribas y comerciantes dan variedad y vida a lo que antes eran monótonas aldeas agrícolas.

La diversidad y la mezcla son la esencia de la vida urbana, la ciudad es un instrumento generador de innovaciones; más que las universidades, bibliotecas, laboratorios y ateneos es la ciudad el artificio civilizador por excelencia: en el intercambio de paseo y agora, plaza y mercado, calle y pórtico, la gente se encuentra, charla, comercia, aprende, copia, observa, se informa y todo ello de modo impremeditado, no planeado, espontáneo, por el mero hecho de salir a la calle; en esto reside la esencia de la urbanidad.

El progreso económico y cultural se debe a la generación, difusión y adopción de innovaciones, procesos que vienen condicionados por umbrales de intensidad del campo de información. Lo que las modernas investigaciones -aplicando la teoría matemática de la información y la economía especial al fenómeno de difusión de innovaciones- han demostrado que es la ciu-

«La diversidad y la mezcla son la esencia de la vida urbana, la ciudad es un instrumento generador de innovaciones. La gente se encuentra, charla, comercia, aprende, de modo impremeditado: en esto reside la esencia de la urbanidad»



**«La ciudad, como un dios
Jano de acero y cemento,
tiene dos caras. Es, a la vez,
efecto y causa del
desarrollo económico. Pero
además de su aportación al
PNB, ha generado un
beneficio espiritual
difícilmente cuantificable:
la civilización»**



dad, merced a sus economías de aglomeración, la propinquidad de sus actividades y la alta probabilidad de encuentros no programados, es el medio ambiente más favorable, el caldo de cultivo más rico en estimulantes, para que se generen innovaciones, aglutinen iniciativas, converjan ideas y se construyan estructuras mentales, sociales y políticas cada vez más complejas.

El punto crucial del argumento consiste en que lo oficial de la ciudad, lo institucional y lo programado, es decir, escuelas, asociaciones, bibliotecas y ateneos, con todo y ser mentores de progreso, no pueden sustituir nunca el campo de información aleatorio que se genera, sin que nadie lo programe, en los espacios públicos de la ciudad. La insustituibilidad de la

información generada en los espacios públicos urbanos reside en su aleatoriedad, en que es un campo de información generado por confluencia al azar de numerosas unidades de información que el ciudadano lucra gratuita e impremeditadamente.

Richard Meier ha estimado que el flujo de información recibido por persona-año en Londres o San Francisco es de cien millones de bits de información, mientras que en Yakarta sería la décima parte. Sea la estimación exacta o indicativa, lo cierto es el argumento: la ciudad es en sí un instrumento indispensable de progreso. La ciudad es no sólo el resultado del desarrollo económico provocado por la revolución agrícola y la irrigación, sino también la causa del desarrollo económico posterior. La ciudad será, a la vez, en cada época, efecto y causa del desarrollo económico, en una dialéctica con los procesos de innovación que la irán transformando. En esto y en el enriquecimiento psicológico de sus moradores consiste el efecto civilizador de la ciudad que se manifiesta mientras no desorbita su medida, en cuyo caso el campo de información degenera en desorden entrópico, debido al exceso de tamaño y de solicitudes que dificultan en vez de enriquecer la comunicación. La gran cuestión del futuro urbano es cómo tener civilidad sin entropía. Ahí comienza el diseño urbanístico.